

## INTERCAMBIOS FLUIDOS: LA NEGOCIACIÓN DE LA INTIMIDAD ENTRE MUJERES TURISTAS Y HOMBRES LOCALES EN UN PUEBLO TRANSNACIONAL DEL CARIBE COSTARRICENSE

Susan Frohlick

Correo electrónico: frohlick@cc.umanitoba.ca

Traducción: Megan Rivers-Moore y Leonardo Solano Méndez(\*)

Recibido: 05/03/12 Aceptado: 02/04/12

### Resumen

En un pueblo turístico transnacional en el Caribe de Costa Rica, situado simultáneamente en los márgenes de la sociedad “blanca” costarricense y el centro del turismo global, la movilidad de mujeres turistas europeas y norteamericanas dentro y fuera de la comunidad constituye un flujo significativo. Las relaciones sexuales e íntimas, a menudo económicamente ambiguas, entre mujeres turistas y hombres locales, predominantemente negros, son fundamentales para la historia social y sexual del pueblo y sus modos de sociabilidad. En este artículo se emplea el concepto de “intercambios fluidos” para comprender la fluidez y la corporalidad de estas relaciones en las que la intimidad juega un papel importante. Hombres de la localidad, situados fuera de la masculinidad hegemónica, utilizan el conocimiento sexual y el privilegio masculino para “dar” intimidad libremente, negociar un pago por ello, adquirir identidades cosmopolitas y regular la movilidad de las mujeres turistas del primer mundo en el contexto de un mercado sexual global desigual y en una era en la que nuevas subjetividades eróticas y relaciones íntimas transnacionales se están forjando en lugares híbridos y fluidos como Puerto Viejo, Costa Rica.

Palabras claves: Transnacionalismo, globalización, intimidad, sexualidad, turismo sexual de la mujer, Caribe.

### Abstract

In a transnational tourist town in the black Caribbean of Costa Rica, located simultaneously in the margins of the “white” Costa Rican society and in the center of global tourism, the mobility of European and American women tourists inside and outside the community is a significant flow. The sexual and intimate relationships, often economically ambiguous, between women tourists and local men, predominantly black, are essential for the sexual social history of the people and their modes of sociability. In this article the concept of “fluid exchange” is used to understand the flow and the embodiment of these relationships in which privacy plays an important role. Local men, located outside of hegemonic masculinity, use their sexual knowledge and masculine privilege to “give” their intimacy freely, to negotiate payment for that and acquire cosmopolitan identities, and to regulate the mobility of first world tourist women in the context

of an uneven global sex market and in an era in which new erotic subjectivities erotic intimate relationships are being forged in fluid and hybrid places like Puerto Viejo, Costa Rica.

Key words: Transnationalism, globalization, intimacy, sexuality, female sexual tourism, Caribbean.

## Introducción: terrenos fluidos

En un pequeño pueblo turístico transnacional situado en la costa caribeña de Costa Rica cerca de Panamá, el concepto de “fluidez” describe tanto el movimiento de personas dentro y fuera como las formas de sociabilidad entre turistas internacionales y afrocaribeños locales que allí toman lugar. Conocido por su abundante diversidad ecológica y por sus actividades turísticas de ecoaventura como el surf, los paseos por la naturaleza y la navegación en ríos rápidos, Puerto Viejo<sup>1</sup> de Talamanca y la zona circundante también se enmarca discursivamente en las guías de viajes como un lugar en el mapa turístico en donde a las mujeres extranjeras “inevitadamente se les acercarán hombres con “*dreads*” para acosarlas” (McNeill, 2001:173). Desde finales de los años ochenta, cuando Costa Rica se catapultó como la “tierra prometida del ecoturismo” (Honey, 2004), pero también más intensamente desde finales de los años noventa (Raventós, 2006)<sup>2</sup>, muchos visitantes extranjeros, entre ellos mujeres turistas europeas y norteamericanas, han viajado a esta zona en busca de la cultura y la estética caribeña. Por razones complejas, muchas mujeres extranjeras llegan a involucrarse en formas de turismo sexual “situacionales” (o no planeadas) (Phillips, 1999), así como en relaciones románticas de largo plazo u otras configuraciones de relaciones sexuales e íntimas con hombres locales, las cuales a menudo hacen que las mujeres permanezcan más tiempo del que habían planeado o que regresen en repetidas visitas para pasar tiempo con su amante local. Estas turistas extranjeras, predominantemente blancas, cuyos viajes están vinculados a las relaciones heterosexuales locales, pueden verse como constituyendo una forma de “paisaje étnico” (*ethnoscape*) (Appadurai, 1996).

Los paisajes étnicos son terrenos fluidos y locales/globales. Appadurai (1996: 33) sitúa a los turistas como una categoría social particular dentro de un paisaje global “de personas que constituyen el mundo cambiante en el que vivimos”, y que también incluye a los inmigrantes, los exiliados, los trabajadores temporales y otros sujetos móviles. Costa Rica, como un destino turístico mundial, se bifurca a lo largo de líneas étnicas y de género en lo que respecta a la sexualidad y el turismo, donde el hombre blanco norteamericano y el europeo viajan a la costa del Pacífico para tener sexo con mujeres locales (ticas), y la turista blanca tiende a preferir la costa del Caribe, conocida por sus hombres caribeños sexualmente atractivos.

Cabe decir que se utiliza el término “hombres caribeños” como una categoría amplia de diferencia racial y étnica para referirse a un grupo diverso de hombres residentes en la zona del Caribe costarricense, cuya descendencia incluye parte de la

herencia caribeña (Jamaica, Cuba), a menudo mezclada con ascendencia latina, o que reclama la caribeñidad como su identidad. La racialización en Costa Rica está también más o menos dividida en dos grandes categorías: los “blancos”, reservada a los ticos mestizos de piel “clara”, y los “negros”, que se utiliza para marcar a los afrocaribeños de piel oscura.<sup>3</sup> Los ticos blancos también se unen con mujeres turistas extranjeras en Puerto Viejo, pero éstos se colocan fuera de la estética del Caribe, por lo que no parecen ser tan deseables.

La referencia anterior a la representación de esta zona en los libros de guía de viajes contribuye a un imaginario popular mundial y local de Puerto Viejo como destino para “mujeres turistas del sexo”, situado dentro de un complejo y amplio paisaje étnico, o paisaje móvil, de las turistas del primer mundo, cuyos viajes a lugares del Tercer Mundo incluyen la participación en relaciones heterosexuales con hombres locales.<sup>4</sup>

No es sino hasta hace poco que este fenómeno y patrón global relativamente reciente se está documentando en función de los matices que se desarrollan en lugares específicos. Ya algunos académicos han escrito sobre viajeras occidentales en el Caribe (Jeffreys, 2003; Kempadoo, 2004; Mullings, 2000), en particular Jamaica (Pruitt y La Font, 1995; Sánchez Taylor, 2001), República Dominicana (O’Connell Davidson y Sánchez Taylor, 2005), y Barbados (Phillips, 1999; 2002). Otros han escrito sobre viajeras occidentales que visitan Ecuador (Meisch, 1995), Gambia (Ware, 1997), Indonesia (Dahles y Bras, 1999), Egipto (Jacobs, 2006), así como sobre mujeres japonesas que viajan a Nepal (Yamaga, 2006). Ellas se aprovechan de que los hombres locales se ponen a su disposición sexualmente por una variedad de razones, entre ellas el deseo erótico, el estatus social, el beneficio económico y la emigración.

Como grupo social nacional de sujetos sexuados y racializados móviles a escala global, las turistas extranjeras afectan prácticas locales de sexo, sexualidad y género a través de las relaciones corporales. En muchos lugares del mundo, la presencia de mujeres extranjeras turistas con poder económico racializado influye profundamente en cómo los hombres locales negocian las identidades y subjetividades masculinas. En este punto es importante hacer referencia a la conceptualización de Nagel (2000: 159) sobre el “turismo etnosexual” para subrayar que las relaciones sexuales entre turistas y locales dependen tanto del sostenimiento como del desafío de fronteras entre la etnicidad y la sexualidad. No todo el sexo vacacional es turismo etnosexual, y, por lo tanto, no todo el turismo etnosexual es igual. El género es fundamental. Nagel señala que “la imagen de una aventura sexual *segura* pero exótica durante las vacaciones se ha mantenido como característica estable del turismo sexual de la mujer” (2003: 207. Énfasis añadido).

Los académicos conceptualizan a las turistas que participan en el turismo etnosexual como “turistas sexuales” y “turistas de romance”, dos términos que ponen en relieve la relación estructural de intercambio económico del encuentro turista-local, y, por lo tanto, la agencia y el privilegio de las mujeres del Primer Mundo como consumidoras de sexo y romance, y los correspondientes cuerpos mercantiles y desprivilegiados de hombres locales de piel oscura. Sin embargo, Jeffreys (2003: 229) sostiene que “en virtud de los privilegios masculinos y la construcción de la sexualidad masculina

dominante” las turistas en el Caribe son igualmente capaces de “servir” a sus amantes locales, más que al contrario. De un forma similar, Nagel (2003: 207) sugiere que las mujeres que participan en el turismo etnosexual parecen estar más interesadas en “ser arrastradas por” sus amantes que ejercer un claro control sobre sus parejas masculinas. Dentro de la economía mundial, las mujeres de países del Primer Mundo pueden y de hecho ejercen su poder económico relativo sobre sus amantes locales y otros en las comunidades a las viajan en los países del Tercer Mundo, pero el poder asociado con la masculinidad complica este esquema.

Este artículo trata de contribuir a la comprensión más detallada de los patrones más amplios de los flujos globales de mujeres turistas como sujetos móviles cuyas sexualidades y deseos de intimidad son negociados por actores locales de manera compleja, en este caso hombres caribeños en un pueblo turístico transnacional en el Caribe de Costa Rica. Dado el creciente número de mujeres que participan en el turismo mundial, y a las relaciones sexuales que toman lugar mientras están de viaje, este asunto merece una atención más cuidadosa en cuanto a cómo el turismo sexual está ligado a preguntas más grandes sobre el reto de la intimidad en el siglo XXI, donde “la globalización marca el final de cualquier tipo de espacio de intimidad en la vida social” (Appadurai, 1997: 115; Giddens, 1992). Para ello se analizará a mujeres turistas sexuales a través de una consideración de la intimidad, más allá de actos sexuales, como centro del turismo etnosexual.

En Puerto Viejo, flujos de mujeres turistas que llegan y salen del pueblo son el centro –aún no demasiado evidente– del surgimiento de la comunidad como un destino turístico etnosexual. Turistas masculinos, en su mayor parte, están excluidos del turismo sexual.<sup>5</sup> Aunque relaciones sexuales entre hombres extranjeros y mujeres locales suceden, los hombres en busca de intercambios sexuales comerciales con mujeres locales, a lo que O’Connell Davidson y Sánchez Taylor (2005) se refieren como “los turistas sexuales dedicados”, son menos comunes aquí que en la costa pacífica (ver también O’Connell Davidson y Sánchez Taylor, 1995).<sup>6</sup> Existe prostitución en la periferia del pueblo, situada dentro de los barrios más pobres, donde el sexo barato está disponible junto con cocaína y crack. Más prevalente que las formas de sociabilidad sexual de turismo local en el pueblo son la variedad de relaciones sexuales e íntimas entre las mujeres extranjeras y hombres locales, en las cuales el intercambio económico es notablemente ambiguo. Como Phillips (2002) y otros demuestran que ocurre en muchos destinos turísticos etnosexuales donde los hombres se muestran disponibles sexualmente para mujeres extranjeras, los hombres locales de Puerto Viejo no se ven a sí mismos como prostitutas o gigolós, sino más bien como novios o “jugados”. Pruitt y La Font (1995) explican la ambigüedad del intercambio económico como algo ligado a las ideologías de género sobre la preferencia de las mujeres por el romance sobre el sexo, y donde se piensa que el dinero estropea una relación auténticamente romántica. O’Connell Davidson y Sánchez Taylor (2005: 94) afirman también que la fantasía de gratificación emocional a través del cruzamiento de líneas étnicas y raciales de diferencia, a menudo deseadas por mujeres (y algunos hombres) turistas sexuales, se sustenta en la imagen (ilusoria) de las relaciones sexuales mutuas y no comerciales con una persona local.

El intercambio monetario se lleva a cabo a pesar de que su papel se ve silenciado por las mujeres que luchan con o deciden ignorar la economía política más amplia de sus fantasías y deseos eróticos. Algunos hombres presionan a las mujeres desde el principio por dinero en efectivo u otras cosas. Otros hombres solo quieren sexo (pero sin embargo esperan ganar algunos beneficios materiales), mientras que algunos quieren dejar a las turistas embarazadas.<sup>7</sup> Otros esperan conseguir propiedades y casas o un tiquete de avión y una visa para salir del país como resultado final de sus encuentros sexuales con mujeres extranjeras. Aunque se escucha hablar de mujeres que llegan con dinero en efectivo para pagar de buena gana por tener sexo con un hombre local, todas las mujeres entrevistadas manifestaron ansiedad, confusión o ira cuando la mención de dinero de parte de su compañero local contaminó lo que las mujeres veían como un romance o una conexión íntima. Eva, una mujer estadounidense de unos veinte años, se molestó cuando su pareja, también de unos veinte años, le pidió dinero para pagar por su solicitud de pasaporte (unos 100 dólares) después de que habían sido amantes durante menos de una semana.<sup>8</sup> Ella se negó, y luego se molestó aún más cuando su pareja dejó de verla (temporalmente), porque ella pensó que compartían una conexión especial. Otra joven estadounidense, Zoe, que había viajado con su hermana a Puerto Viejo como un regalo de graduación para sí misma, se sintió traicionada por su novio cuando él comenzó a pedirle préstamos pequeños (unos 10 dólares). Ella rompió los lazos con él a causa de eso, pero no sin sufrir por no saber si sus sentimientos hacia ella eran auténticos.

Estos relatos ponen de relieve la relevancia de “lo íntimo” como una especie de “frontera etnosexual”, o “un espacio sensual en ambos lados de la división étnica de contacto sexual” (Nagel, 2000: 159), donde se negocia el control social y el deseo. La intimidad dentro y más allá de los actos sexuales, como se verá, mantiene un valor de intercambio significativo como algo que las mujeres extranjeras quieren de los hombres locales –paradójicamente– como sujetos móviles producto de un privilegio que les permite ir y venir. Los hombres locales, a su vez, utilizan la intimidad para hacer que las mujeres les paguen y para regular lo que parece ser la ilimitada movilidad de las mujeres extranjeras. “Terrenos fluidos” es un término hecho para conceptualizar una serie de factores convergentes en la sociabilidad de este pueblo: los flujos de mujeres turistas sexualmente disponibles, la corporalidad de su presencia en Puerto Viejo, la fluidez del intercambio económico entre las mujeres y sus compañeros locales, y la naturaleza íntima y próxima de las relaciones sexuales como el intercambio de fluidos corporales. El carácter constitutivo de estas relaciones turísticas, fluidas y etnosexuales, demuestra maneras específicas en que las personas negocian intimidades transnacionales complejas dentro de una matriz de hibridación cultural y en una era de movilidades y de capital desiguales.

### **Etnografía en un pueblo transnacional**

Mis propias entradas y salidas de este pueblo fueron influenciadas por mi trabajo como profesora universitaria en el Norte y mis responsabilidades como madre.

Hubo una breve visita inicial en el 2004, seguida por una serie de estadias más prolongadas en el 2005 y 2006. El contacto con un grupo de mujeres jóvenes de los Estados Unidos y Canadá, así como por mi posición como madre soltera viviendo con mi hija en una comunidad local de playa, habitada en su mayoría por ticos adinerados de San José y por expatriados de Europa y América del Norte, determinaron la dirección del proyecto. A través de contactos personales, me presentaron a mujeres extranjeras que viven en la zona, cuyos hijos fueron engendrados por hombres locales, y a mujeres que trabajan como masajistas y profesoras de yoga, opciones disponibles gracias al interés en la salud y la espiritualidad de la Nueva Era en Costa Rica y que prevalecen en esta área. Pasé tiempo con otras madres en las playas locales o en sus propios hogares, donde nuestros niños jugaban juntos. También fui a restaurantes, bares y discotecas de reggae. Debido a que muchas de las mujeres que entrevisté habían entrado a Costa Rica con visas de turista de tres meses, su estatus de residencia fue el tema de las conversaciones sobre los matrimonios de conveniencia y otras estrategias para permanecer en el país una vez que sus visas ya habían expirado.

Resultó ser imposible hacer contactos significativos con turistas más pasajeras, visitantes de tan solo unos pocos días. Las mujeres de cuyas narrativas se deriva este análisis son en su mayoría mujeres que llegaron como turistas, pero que decidieron optar por quedarse o, al menos, por regresar con regularidad para visitar a sus novios de la localidad. No todas eran estrictamente "turistas", aunque uso el término de manera amplia en este artículo. Algunas habían llegado a Puerto Viejo como parte de un grupo de voluntarios para hacer trabajo comunitario o a través de un programa de estudios en el extranjero. Una mujer había llegado en la década de los 90, mientras trabajaba para el Cuerpo de Paz. Las mujeres con las que hablé (al rededor de cuarenta) provenían de Canadá, Estados Unidos, Alemania, Italia, Austria, Suiza, Francia, Nueva Zelanda, Inglaterra y Grecia. La duración de su estancia varió de un mes a más de veinte años. Aunque sus antecedentes, como sus edades, nacionalidades, ocupaciones, estado civiles e historias personales varían, su cosmopolitismo era rasgo en común. Casi todas ellas son bilingües (hablan español además de su lengua materna) y muchas eran políglotas.<sup>9</sup> La mayoría había viajado internacionalmente, ya fuera como turistas o por medio de la universidad o programas de desarrollo internaciones, y tenían títulos universitarios o certificaciones profesionales de sus países de origen. Finalmente, un aspecto crucial de sus subjetividades como mujeres blancas extranjeras involucradas en relaciones sexuales con hombres negros locales es que expresaron una apreciación por la diferencia cultural y, más concretamente, se sintieron atraídas por esta zona debido a las fantasías e imágenes del Caribe como un relajante paraíso tropical.

Las mujeres turistas de habla inglesa fueron el foco principal de mi investigación, pero también se entrevisté a diez hombres de la localidad sobre sus relaciones sexuales con mujeres extranjeras. Estos hombres vivían en la zona (al menos en el momento de la entrevista) y sus edades oscilaban entre los veinte y los cincuenta años. Tenían diferentes niveles de educación formal. La mayoría había ido a la secundaria local, pero no todos. Ninguno de ellos había asistido a la universidad. Algunos habían

recibido formación profesional formal como guías de parques. Otros eran empleados en la economía formal como guías turísticos, instructores de surf, o trabajaban en restaurantes. Uno de ellos era propietario de un negocio. Sus antecedentes étnicos/raciales eran en su mayoría afrocaribeño de herencia jamaicana, cubanos o de descendencia mixta, o de la región del Caribe de Nicaragua o Panamá. Estos hombres también pueden ser caracterizados como cosmopolitas. Todos ellos hablan por lo menos dos idiomas. La mayoría, pero no todos, habían viajado fuera de Costa Rica (algunos de ellos muy regularmente). Todos ellos apreciaron lo que reconocieron como las personalidades abiertas, amables y sofisticadas de las mujeres extranjeras.

Investigar sujetos móviles es un problema. Investigar el sexo es otro. Dependo en gran medida de las narraciones de las mujeres extranjeras y los hombres locales, y de rumores y chismes para comprender este fenómeno. La implicación de esta estrategia es que el conocimiento adquirido se trata tanto de estereotipos, fantasías, estigmas e información errónea que la gente expresa en sus relatos acerca de sus propias relaciones sexuales y las de otras personas, como del comportamiento sexual real. Sin embargo, la naturaleza de las insinuaciones y acusaciones hacia las personas particulares es más que un drama social de un pequeño y sexuado pueblo turístico. Como Friedl (1994: 841) argumenta, “la cautela y la ambigüedad generada por los actos sexuales privados sirven como un tema fundamental en las relaciones de género en el que las diferencias culturales se construyen”.<sup>10</sup>

### **Aprender la masculinidad en medio de los flujos de mujeres turistas**

*“Todos decimos que las muchachas europeas son calientes, realmente salvajes,  
les encanta el sexo.”  
(Luis, veintiocho años de edad, residente de Puerto Viejo)*

El carácter transnacional del pueblo es evidente en la oficina de Western Union, el puesto de tacos, la tienda de buceo, el bar deportivo dirigido por unos canadienses, la abundancia de restaurantes de comida italiana, sushi japonés, el merengue, el reggae y la música house europea sonando simultáneamente en los diferentes bares, así como en los carritos de empanadas jamaicanas. La calle principal, llena de tiendas de souvenirs y ropa, restaurantes, un banco, y pulperías forma una red de unas pocas calles empolvadas, donde las pequeñas casas de huéspedes llevan los nombres de la flora y la fauna del Caribe. Junto con la atracción de la cultura caribeña, las turistas también fueron atraídas por el cosmopolitismo del pueblo, los retiros de yoga, la granja de permacultura más al sur, la comida europea y la mezcla de música latina y jamaicana. Aunque no todas las mujeres entrevistadas habían fantaseado con tener sexo con los hombres caribeños como su motivación para viajar a esta zona, una vez allí, sin embargo, fueron atraídas por los hombres locales. Grupos de hombres rondaban cerca de la parada de autobuses, los barcos, y la esquina principal (fuera de un bar nocturno que muestra videos de Hollywood en una pantalla al aire libre); algunos se sentaban en

cuadracíclos usando solamente pantalonetas de surf, conversando entre sí, y llamando la atención de las mujeres que pasaban. Aunque el turismo sexual femenino no es tan evidentes en Puerto Viejo como en Jamaica, por ejemplo, donde “ver a mujeres extranjeras en brazos de hombres locales es parte regular del paisaje” (Pruitt y La Font, 1995: 424), hay indicios ocasionales de enlaces entre las mujeres extranjeras y hombres de la localidad: una mujer blanca europea en el café internet inclinando su cabeza sobre el hombro de un hombre negro de dreads; otra mujer norteamericana, quemada por el sol, de pelo rojo, sentada en una acera hablando con un vendedor local de souvenirs de Bob Marley y otras cosas de la cultura reggae; una mujer blanca extranjera pedaleando en una bicicleta lentamente, mientras un hombre de la localidad camina junto a ella, tratando de venderle la idea de tomar un tour con él.

Estos escenarios son parte del naciente turismo global en esta zona, el cual se sitúa de manera compleja en Costa Rica como nación. Limón es la provincia a lo largo de la costa este de Costa Rica en la que se encuentra Puerto Viejo, y ésta ha sido históricamente marginada y segregada racialmente del resto del país. Personas predominantemente afro-caribeñas, principalmente de Jamaica, se establecieron en Limón a finales del siglo XIX como migrantes que trabajaban en la construcción del ferrocarril, y más tarde en las plantaciones de banano, y que formaron una especie de enclave cultural que fue muy diferente a la dominante cultura latina en la meseta central de Costa Rica.<sup>11</sup> Miembros dominantes de la sociedad costarricense que percibían a la nación como “racialmente pura” y “blanca” discriminaron e hicieron caso omiso a los residentes con diferentes orígenes étnicos y de piel oscura, como los afro-caribeños y también los nicaraguenses y los indígenas (Harpelle, 2001; Sandoval-García, 2004). En el siglo XX, Puerto Viejo era una pequeña aldea de familias, en su mayoría relacionadas entre sí, que subsistían de la pesca y de pequeñas huertas, trabajaban para la United Fruit Company y otras plantaciones de banano, y también vendían cacao a compradores de fuera (Palmer, 1993; Harpelle, 1993). Cuando la carretera desde la ciudad portuaria de Limón fue finalmente construida, conectando a Puerto Viejo en 1976 (Palmer 1993), el mundo transnacional de la industria del turismo desplazó en parte al mundo transnacional de la industria bananera que había sido fundamental en el desarrollo social y económico de la zona, en la cual inmigrantes afrocaribeños de habla inglesa habían tenido una larga y dura lucha por un espacio para su identidad étnica y cultural (Harpelle, 1993, 2000, 2001; Purcell, 1993; Putman, 2002).<sup>12</sup>

La carretera fue fundamental para la apertura del pueblo como destino turístico para los turistas más aventureros que buscaban una experiencia cultural diferente. Una mujer alemana dijo que había decidido viajar a Puerto Viejo en la década de los 80 porque era “un punto al final del camino” en su mapa turístico. “Fin del camino” sugiere la complicada situación en la que Puerto Viejo es todavía marginado como un “nicho cultural” dentro de la “blanca” sociedad costarricense (ver Harpelle, 1993) y dentro de la industria del turismo de la nación, y que simultáneamente se está poniendo de moda debido a su ubicación, casi literalmente, al final de la carretera cerca de la frontera con Panamá. Muchos ticos continúan denigrando a la zona mediante discursos racistas que construyen esta región como un lugar inseguro, sucio e indeseable, mientras que los

agentes de viaje extranjeros promueven al área como un lugar “remoto”, “salvaje” y “de moda”. La cultura “tranquila” del Caribe en combinación con el ambiente cosmopolita se promociona como la promesa de algo diferente que contrasta con la costa pacífica, vista ahora como demasiado americanizada y, por lo tanto, carente de cultura. A pesar de su ubicación cultural geográfica como un “nicho” al “final del camino”, Puerto Viejo se encuentra en un cruce multicultural saturado en el siglo XXI. Después de un flujo lento y silencioso de eco-turistas al principio, en los últimos treinta años el ritmo de crecimiento del pueblo turístico se ha intensificado en un crescendo de ruidosos autobuses de turismo, motos y todo-terrenos de alquiler cargados con tablas de surf. La “cultura local” es una mezcla híbrida del Caribe, América Latina, Europa, América del Norte y las culturas locales indígenas, junto con la ideología católica, protestante, nueva era, rastafari, y otras ideologías de género y sexualidad.

Varias historias atribuyen los inicios del turismo etnosexual a las mujeres extranjeras de diferentes países. Por ejemplo, Celeste, una profesora de yoga de Canadá, que había llegado a Puerto Viejo dos años atrás, manifestó: “Se remonta a los años 70, cuando la mujer alemana empezó a venir aquí por las drogas y los rastas”. Otras historias señalan el “principio” cuando mujeres noruegas venían a tener “bebés negros” con los hombres locales del Caribe para poder vivir de sus cheques de bienestar social en un lugar barato. Otras historias sugieren que las mujeres estadounidenses fueron las “primeras”. Estos relatos sugieren que la llegada de mujeres turistas procedentes de países del Primer Mundo dio forma a la sociabilidad de la ciudad de una manera particular. Matthias, nieto de abuelos jamaíquinos y colombianos, experimentó estos cambios en carne propia. Ahora, casi a sus sesenta años, recordó en términos nostálgicos que cuando tenía quince años conoció a la primera mujer europea en visitar esta zona. Sintió que los turistas solían ser más genuinos, y explica: “La gente se enamoró del lugar [en esos primeros días]. Tenían una vida seria. Ellos vinieron porque les gustaba el lugar”. Su comentario de “shit happens” (la mierda pasa) relata un momento de cambio, a partir de finales de los años 1990, cuando la globalización, manifestada en ríos de turistas, incluyendo mujeres turistas solas, se intensificó en la zona y, en su opinión, dio lugar a la interrupción de las normas locales de la conducta y las relaciones sexuales.<sup>13</sup>

*Creo que las mujeres locales [mujeres expatriadas] y las solteras que vienen a este pueblo, por los motivos que sean, piensan que pueden ir a Puerto Viejo para el fin de semana y pasar un buen rato. Bueno, hay gente aquí que tiene un corazón y les gusta compartir. La situación ahora es como comprar un billete de lotería el sábado y ganar en la mañana del domingo, enamorarse de alguien. Es tan relajado aquí ahora. Las familias cambian. Sus estilos de vida cambian. Es tan fácil salir de su casa y ver a las mujeres desnudas caminando por ahí, sabiendo que usted puede tenerlas si así usted lo desea. La vida familiar se ve amenazada. Para los niños adolescentes que crecen ahora, es un peligro real.*

Uso la interpretación de Matthias sobre la reciente llegada de tantas mujeres extranjeras como una incursión en los valores locales, especialmente en el desarrollo

de las costumbres sexuales de los jóvenes, para subrayar el posicionamiento pernicioso y muchas veces complicado de las turistas dentro de la comunidad como agentes sexuales. Su comentario sobre “el peligro” de las mujeres turistas solteras sugiere la necesidad de controlar el ingreso y mitigar las amenazas que suponen, punto que profundizaré más adelante. Cuando llegué en el 2004, más de cuarenta grupos étnicos conformaban la comunidad, muchos de ellos provenientes de Europa y América del Norte. La demografía racial ha pasado de ser predominantemente afrodescendiente, a una población más que nada blanca, incluyendo a costarricenses blancos. Este cambio sugiere que los hombres negocian su sexualidad dentro de la hibridez y el aumento de la marginalización racial. Los hombres entrevistados se identificaron como “mixtos”, de madres blancas (en su mayoría ticas) y padres negros, o madres negras y padres blancos (en su mayoría ticos), y articularon sus identidades étnicas en términos de familias interraciales y las relaciones establecidas con grupos extranjeros que llegaron después de que la carretera se había construido. El área ha estado, por lo tanto, caracterizada durante algunos años por la intensificación de la diversidad, el turismo internacional, y la “fluidez”, la cual tiene considerable importancia en la vida, las identidades y las sexualidades de los hombres.

Los hombres aprenden acerca de la sexualidad ligada a la raza y la etnia a una edad relativamente temprana, a través de sus encuentros con las turistas que ocurren en el contexto de las prácticas locales de sexo y sexualidad. Philippe, un hombre de unos cuarenta años que creció en Puerto Viejo, relató cómo en su infancia era común que los niños pequeños vieran a sus padres teniendo relaciones sexuales, porque las casas eran pequeñas en ese entonces, y el sexo no era tan privado. Habló de los niños masturbándose en público, aunque los que fueron encontrados por los adultos fueron castigados severamente. Debido a la fuerte influencia de la Iglesia Católica, pocos programas formales de educación sexual existen en Costa Rica, y ninguno en Puerto Viejo. Un político local habló de llevar una discusión al respecto a la comunidad, ya que hay una grave falta de debate público sobre sexualidad.<sup>14</sup> Los niños han aprendido sobre el sexo, y todavía lo hacen, de las anécdotas contadas por los niños mayores y los hombres. En palabras de Luis, un hombre caribeño de unos veinte años, que creció en esta área en una familia numerosa: “Usted escucha las historias de los hombres y cómo solían tener sexo en la playa. Los hombres mayores. Entonces uno comienza a pensar en eso. Tal vez pueda dar un paseo por la playa con esta muchacha. Entonces uno sale con esa muchacha, y lo intenta.”

A través de sus historias de múltiples relaciones con mujeres extranjeras, Luis explicó cómo su masculinidad se formó a través del conocimiento acumulado sobre las preferencias sexuales, las prácticas y los deseos eróticos de las mujeres que visitan de diversos orígenes y nacionalidades. Sus primeras experiencias sexuales como adolescente fueron con las mujeres locales (clasificadas a lo largo de líneas raciales como ticas blancas y mujeres negras caribeñas), pero una vez que adquirió cierta confianza en su adolescencia su interés se desplazó a la búsqueda de relaciones sexuales con mujeres extranjeras. Quería experimentar por sí mismo lo que los hombres mayores decían de las mujeres extranjeras:

*Cuando uno comienza a sentirse hombre, usted puede conseguir a las chicas turistas, cuando la timidez se va ... Yo solía pensar que no estaban interesadas en mí. Yo no tenía dreads antes ... así que empecé a encontrarle el gusto a los dreads ... En ese entonces yo tenía diecinueve años; empecé a ver a tantas turistas, todas tan diferentes –la forma de vestir, sus aromas diferentes. Son tan expresivas y más tentadoras. Ellas te demuestran que están interesadas. Te sonríen. Simplemente te dan ganas de intentarlo. Uno se vuelve más seguro de sí mismo, y de pronto las muchachas te llegan.*

Él habló de los diferentes sabores, olores y sensaciones diferentes de las mujeres extranjeras, como si estuviera consumiéndolas. Como un hombre guapo, fácilmente adquirió experiencia y se hizo cada vez más cosmopolita en sus marcados deseos eróticos heterosexuales con extranjeras. A través de sus encuentros sexuales con muchas mujeres turistas, aprendió a asociar ciertas características con nacionalidades específicas de modo que las mujeres extranjeras eran vistas como “libres”, “expresivas” y “fáciles” de tener al lado: “Las chicas canadienses son chicas tímidas, las francesas y las holandesas son algo groseras. Hay que tener cuidado con las groseras”, dijo. Su interés por las mujeres locales con el tiempo disminuyó, lo cual es una de las múltiples implicaciones de los flujos de turistas para las mujeres locales. No se trata de que las mujeres locales sufran una pérdida en términos de posibles amantes con el cambio del interés erótico de estos hombres hacia las mujeres extranjeras, sino, más bien, que las mujeres locales sufren una creciente invisibilidad, un tema que se tocará más adelante. El relato de Luis muestra cómo los estereotipos raciales y la dinámica de deseo etnosexual mutuo (es decir, el deseo de los hombres negros por mujeres extranjeras blancas y el deseo de las mujeres extranjeras blancas por los hombres negros) funciona de tal manera que los hombres se ven a sí mismos como hombres negros hipersexuales porque, en parte, así es como las turistas los ven. Las subjetividades sexuales de los hombres, más complejas por sus identidades híbridas como afrocaribeños costarricenses, se forjan a través de encuentros con mujeres extranjeras, que comenzaron para algunos cuando tenían catorce años.

Al igual que en otros destinos del Caribe, la masculinidad negra es sexualizada a través de discursos globales que naturalizan al Otro erótico como viril y atractivo (véase también Kempadoo, 2004 y Phillips, 2002). Numerosos sitios web y blogs de viajes representan al hombre negro caribeño en Puerto Viejo como en buen estado físico por naturaleza. Un ejemplo, perteneciente al sitio web llamado travelblog.com, dice:

*Siempre pienso en los hombres de aquí [Costa Rica] como conservadores, pero en este caso, supongo que porque es un pueblo de surf, los muchachos (los jóvenes) visten poca ropa y lo que cubre sus partes íntimas se deja caer para mostrar su trasero, y a veces hasta se les ve su vello púbico... Es interesante que se vean pocos chicos con sobrepeso. Supongo que con la situación económica, la falta de alimentos procesados, combinada con el calor y la falta de carros, se mantienen bastante delgados.<sup>15</sup>*

Los relatos de las mujeres extranjeras sitúan lo que ellas mismas describen como la belleza natural de los hombres negros locales y los físicos bien tonificados en

términos de “cultura”, “historia” y “genética”, colonizando claramente a los hombres individualmente en un estereotipo de sexualidad pre-moderna de los hombres negros. Alex, una mujer canadiense en sus veinte años, manifestó: “Los hombres aquí son naturalmente activos. Pescan. Practican el surf. Ellos juegan fútbol en la playa. No se sientan en las mesas durante todo el día, ni nunca. Ellos han heredado estos genes de sus antepasados, que fueron esclavos de Jamaica.”

La masculinidad se aprende, se negocia y se actúa dentro de este contexto específico y esta economía política de deseo heterosexual interracial erótico mutuo. La relación entre mujeres turistas y hombres locales, cuyas subjetividades sexuales están mediadas a través de interacciones con las turistas, es dinámica. En el nivel más obvio, los hombres se colocan en las esquinas de las calles, las playas de surf y en los clubes nocturnos, en pantalones cortos de surf por debajo de la cintura y en camisetas, o con el pecho desnudo, mientras las mujeres extranjeras los admiran. Muchos de los hombres que buscan enlaces con las turistas, seleccionando y escogiendo entre una amplia gama de múltiples culturas y “sabores y olores” sexuales, obtienen ingresos fuera de la economía formal, excepto los instructores de surf o guías de la naturaleza, cuyo trabajo es estacional y a menudo escaso. Las construcciones occidentales de la masculinidad hegemónica se basan en que los hombres ganan altos ingresos, y, ciertamente, en América Latina “el trabajo y el apoyo financiero a la familia son rasgos definitorios fundamentales de la masculinidad” (Gutmann, 2003: 13). Muchos hombres del Caribe en Puerto Viejo se encuentran por lo tanto fuera de las masculinidades hegemónicas en este sentido, aunque no en otros sentidos –en particular con respecto a la homofobia, el machismo y la misoginia. Gutmann ha señalado que “la homofobia, el machismo y misoginia son expresiones ideológicas dominantes de las masculinidades hegemónicas en América Latina”, lo que no quiere decir que todo hombre actúa de esta manera, sino que existe una compleja interacción “entre las actividades normativas y manifestaciones prácticas de la masculinidad” (3).

Fuera de la economía formal y el ámbito de los altos ingresos, los hombres consolidan de diversas formas su poder sobre muchas de las mujeres extranjeras, quienes tienden a tener más dinero que los hombres (pero no siempre) y, con independencia de sus ingresos, se sitúan firmemente en una clase media privilegiada de culturas interesadas en viajar. Debido a su continua –aunque fluida– presencia (que varía de acuerdo a las fluctuaciones estacionales, por ejemplo), y a la importancia cada vez mayor de las mujeres por “la construcción, las actuaciones y las prácticas asociadas con los hombres y la masculinidad” en el Caribe y América Latina (Gutmann, 2003: 19), las mujeres extranjeras desempeñan un papel central en la formación de las subjetividades sexuales de los hombres locales.<sup>16</sup> Por un lado, las turistas son consideradas como “peligrosas” para el desarrollo de las masculinidades de los hombres jóvenes, tal como lo expresó Matthías en su relato cuando hizo alusión a la ideología religiosa que construye a las mujeres en términos de tentación y la seducción. Por otro lado, éstas son vistas como “las chicas *boom*,” las guapas, y los cuerpos/sujetos materiales a través de los cuales se adquiere un estatus social y se forjan subjetividades y masculinidades cosmopolitas y modernas.

## Mercantilización de la intimidad

Lo erótico se extiende “más allá de los actos sexuales o deseos de actos sexuales” y está “atrapado en la fantasía, las prácticas cotidianas y las relaciones sociales (Mankekar y Schein, 2004: 358). La intimidad erótica en un entorno turístico puede incluir relaciones cercanas con personas cuya corporalidad se funde con el paisaje. Moki, una entusiasta ecoturista, describió su romance con un hombre local que vivía en el bosque y tenía gran conocimiento de su flora y fauna en relación con este tipo de fusión. Ella dijo:

*[Al llegar] mi cuerpo había tomado todos los atributos del medio ambiente. Siempre estaba madura, y no podía parar de relacionarme con todas las deliciosas frutas maduras a mi alrededor. La reproducción estaba sucediendo todo el tiempo. La selva tropical es el lugar más sensual en la tierra, y él era parte de eso para mí. Él sabía todo acerca de todo lo que vivía y se reproducía allí. El sexo que tuvimos fue tan increíblemente bueno por esa razón, nos conectábamos a ese nivel.*

Eva, una mochilera en sus veinte años, cuya historia se ha mencionado anteriormente, habló de su experiencia sexual con un joven rasta como algo, en sus propias palabras, “*totally roots*” (lo más arraigado). Ella sentía que había cumplido la fantasía de tener sexo con un rasta, porque él encarnaba la idea de cómo se construye el Caribe (un estilo de vida simple, cerca de la naturaleza, arraigado en la comunidad) que ella quería experimentar de primera mano.

Harrison (2003: 51) utiliza el concepto de “intimidad turística” para referirse a la forma en que los viajeros buscan la intimidad (como un tipo particular de sociabilidad que a menudo es erotizada e intensificada) a través de lo mundano, y mientras están fuera de su hogar, lo cual históricamente en Occidente ha sido el lugar para la intimidad (Harrison). La intimidad turística es entonces parte de una búsqueda mayor de conexión que los turistas buscan al cruzar fronteras internacionales. Este es también un discurso moral que sirve para justificar los viajes internacionales como un medio por el cual se obtiene la comprensión entre las culturas. La alteridad, o el estado de ser Otro, es fundamental en este deseo de encontrar modos de sociabilidad íntimas en el contexto de cruce de fronteras internacionales, en que los turistas occidentales buscan conocerse a sí mismos y ser transformados a través de encuentros con el Otro (Bruner, 1991). En este trabajo se utilizó la “intimidad” para extender el análisis del turismo sexual de las mujeres a un amplio dominio de cercanía física y emocional, y de deseo erótico de la alteridad (pasando a formar parte del paisaje), como para poner en relieve los aspectos corporales, lo cotidiano de la vida de las personas que están inmersas en relaciones etnosexuales turísticas. La “intimidad” provoca las relaciones sociales carnales, desordenadas, próximas y confusas que son culturalmente situadas, mas a menudo ignoradas, curiosamente, en la narrativa de la sexualidad y el turismo.

En el Caribe, concebido como “una geografía de seducción tropical y de disponibilidad sexual” (Sheller, 2004: 17), las historias de Moki y Eva sugieren que las experiencias sexuales se refieren tanto a “coger” el paisaje fusionado con el cuerpo del

hombre caribeño, como a los actos sexuales. Este deseo de convertirse en parte esencial del ambiente “fecundo” y “arraigado” tiene un valor social enorme. Las mujeres hablaron sobre su deseo de convertirse en “mujeres salvajes” a través de sus relaciones íntimas con hombres de la localidad, a los que construyen a través de discursos racializados de primitivismo (Torgovnick, 1990). A través de su propio conocimiento íntimo de los deseos eróticos de las mujeres extranjeras, como parte de su búsqueda de la intimidad turística, y con su trabajo físico y emocional como una especie particular de amantes, los hombres son capaces de transformar la intimidad en una especie de mercancía, como lo ilustra la historia de Filipino, un hombre joven local en sus veinte años.

La madre jamaicana y el padre costarricense de Filipino se separaron cuando él era joven, lo que hizo difícil a su madre para sostener a la familia de nueve hijos. Cuando tenía quince años, Filipino abandonó el hogar familiar para arreglárselas por su cuenta, trabajando en el restaurante de un familiar por un salario bajo, hasta el día en que se le ofreció un medio más lucrativo de ganarse la vida. Una mujer turista, diez años mayor que él, se enamoró de él y le ofreció dinero para “estar con ella”. Esta fue su primera experiencia sexual con una mujer extranjera, y no la última. Con los años, él adquirió un deseo cosmopolita por la buena comida, la ropa cara, y los viajes por el mundo. Cuando no está visitando a las mujeres en otros países, pasa el tiempo en los mejores restaurantes de Puerto Viejo, coqueteando con mujeres solas y que parezcan tener dinero. Él ha aprendido cómo atraer mujeres, y sabe cómo hacerlas pasar bien en el pueblo. Se las presenta a sus amigos, y por lo general les hace sentir que están obteniendo acceso a la comunidad local, algo que el turista promedio no puede hacer fácilmente. Algunas de las mujeres se involucran con él a largo plazo, vienen a Costa Rica cada ciertos meses para pasar tiempo con él, llevándolo a los centros turísticos y comprándole cosas con el fin de mantener la relación. El dinero nunca se menciona. Él dijo: “Yo nunca pido nada.” En su lugar, las mujeres entran en una relación de intercambio implícito con él. Su conocimiento de que estas relaciones se definen por el cumplimiento de un deseo de intimidad (y sexo) se hizo obvio en la entrevista cuando explicó que tan pronto como él amenaza con retirarse de un acuerdo concreto con una mujer, “ella me ofrece más dinero solo porque ella no me quiere perder”.

La historia de Filipino ilustra cómo él llegó a comprender el valor de la intimidad deseada por una mujer extranjera cuando apenas tenía la edad legal de consentimiento en Costa Rica (que es de dieciocho años). Los deseos eróticos de algunas turistas son inseparables de sus deseos de intimidad turística, un tipo de sociabilidad en el cual ellas se conectan con la esencia y pasan a formar parte del cuerpo/paisaje del Otro. Las mujeres refirieron cómo los hombres locales les brindan el acceso a una intimidad material y corpórea que no podrían obtener en su casa. Una mujer dijo: “Hay una intimidad instantánea que se obtiene de los hombres aquí que no se encuentra en casa ... Ellos quieren que usted esté cerca de ellos. Cocinan para uno. Lavan tu ropa. Un novio me cuidó cuando estaba enferma, trayéndome medicina de su tío que conoce de plantas medicinales. Quieren vivir con uno tan pronto como te conocen”.

Bethany, una mujer estadounidense de veintiocho años que viajó a la zona para dar clases de yoga, se mudó con su novio, Harris, un joven cuya familia emigró

de Nicaragua en la década de los ochenta durante la revolución, poco después de conocerlo. Vivir en una casa de dos dormitorios compartidos con su familia de ocho adultos y seis niños le permitió a Bethany vivir, como ella lo percibe, un estilo de vida "costarricense." Ella se sorprendió de que Harris le permitiera compartir gran parte de su vida íntima de todos los días con ella, e interpreta su experiencia de encontrarse con él como un sueño que era parte de su comprensión de Costa Rica como un "paraíso ecológico". Como se ha mencionado antes, la mayoría de las mujeres entrevistadas habían viajado mucho, y como mochileras y viajeras de bajo presupuesto valoraron la diferencia cultural y la conexión con la gente local mucho más que los servicios de un resort y un alojamiento de lujo. Compartir una casa con un hombre de una familia pobre y una organización familiar que pareciera culturalmente distinta, y escuchar sonidos familiares y percibir olores y aromas fueron experiencias valiosas en las que los deseos sexuales se mezclaron con los deseos de ser parte del paisaje cultural.

Mientras los sueños de estar inmersas en el entorno ecológico fecundo y exuberante pudieron ser alcanzados por algunas de las mujeres a través de sus relaciones sexuales íntimas con hombres de la localidad, las mujeres lucharon amargamente con los cuestionamientos que surgieron sobre la incertidumbre de la in/fidelidad de los hombres. Las turistas llegan con un modelo normativo occidental de las relaciones heterosexuales en términos de exclusividad de los derechos sexuales entre una pareja, y luego luchan con lo que parece, al menos en términos de estereotipos culturales, como una aceptación cultural de la conducta de los hombres promiscuos. Las mujeres tienden a internalizar y patologizar su incapacidad de aceptar "un supuesto básico acerca de los hombres del Caribe", es decir, que son "muy promiscuos" (Lewis, 2003: 107).<sup>17</sup> Una mujer francesa de unos treinta años caracterizó a las mujeres que continúan sus relaciones con hombres locales que habitualmente les son infieles como "mujeres enfermas", basándose en la psicología popular occidental. Ella dijo: "somos mujeres que amamos demasiado ... que damos demasiado a los hombres para que se queden a nuestro lado". Para algunas mujeres, el deseo de mantener la intimidad que los hombres ofrecían con tanto entusiasmo en las primeras etapas del romance es el punto en el cual ejercen su poder de negociación económico, negociando el acceso sexual exclusivo con regalos o dinero en efectivo. Este es el punto en que el acto desordenado, carnal, y próximo de la intimidad se transforma en acciones de consumo masivo dentro de un mercado "fluido", como lo demuestra la historia de Filipino.

Pensar en este pueblo caribeño costarricense en términos de un mercado "fluido" donde la intimidad se convierte en mercancía y donde el semen se entrega en forma de "sexo primitivo" (y no reproductivo), así como para la procreación y el establecimiento de relaciones de parentesco transnacional, complica la cuestión del poder racializado en el turismo etnosexual. Por supuesto, las mujeres que llegan como turistas de países del Primer Mundo tienen un poder de consumo considerable. Ellas son capaces de conseguir hombres, y a veces hasta jóvencitos vírgenes, con la promesa de buena comida, una habitación privada por unos días y, para algunos, cantidades importantes de dinero en efectivo. Ellas cumplen sus fantasías de convertirse en parte del paisaje tropical fecundo por muy poco, a menudo nada. Al mismo tiempo, los

hombres locales demuestran que han aprendido por experiencia cómo la sexualidad es un “punto de transferencia sustancial para las relaciones de poder” (Foucault, 1978: 103). Los hombres se “entregan” a sí mismos y sus fluidos corporales libremente a las mujeres extranjeras, pero también guardan la intimidad de las mujeres que desean exclusividad y no solamente sexo casual, y algunos la entregan por un precio. Al preguntarle a un amigo, Jesús, ¿por qué los hombres sentían que las mujeres debían pagar por la comida de su amante o darles dinero? Jesús dijo, “si una mujer toma mi semen, ella me debe algo. Mi energía [en forma de semen] es algo que vale la pena”. Cuando le pregunté acerca de la energía de la mujer, quedé perplejo, como si le hubiera hecho una pregunta completamente irrelevante. Además de los privilegios masculinos en relación con el acto sexual, donde el semen de un hombre es insertado a cambio de algo, los hombres han aprendido a reconocer el valor simbólico y económico de determinadas formas de intimidad que las mujeres extranjeras esperan y tratan de recibir. Específicamente, los hombres pueden verse como productores, realizadores y vendedores de la intimidad, y así ejercen su agencia y poder masculino en el mercado fluido de las relaciones etnosexuales que se llevan a cabo en este pueblo.

### Regulando el flujo de turistas femeninas

*“Aquí no es muy diferente a cualquier otro lugar. Las personasse encuentran y se enamoran. El problema para los hombres es que se enamoran y la mujer puede irse, y se irá ...”*  
(Filipo, julio de 2005)

Los hombres y otros residentes de la comunidad, incluyendo sus esposas, madres, y hermanas perciben la movilidad de las mujeres turistas que viajan a voluntad de un lado a otro a través de las fronteras como algo pernicioso, como se ha sugerido. Yo tomo el concepto de “movilidad” para referirme a los viajes corporales que “yacen en el corazón” de la vida social moderna y la modernidad (Urry, 2000: 48). La movilidad se asocia con el privilegio, el conocimiento y la promesa de liberación donde los sujetos buscan “la movilidad como una panacea para las limitaciones en la identidad de las culturas capitalistas” (Kaplan, 2002: 34). Los hombres que viven en Puerto Viejo tienen sus propias historias de movilidad, incluyendo la migración de Nicaragua, como se ha descrito anteriormente.<sup>18</sup> Sin embargo, uno de los estribillos más comunes que escucharán es que “las mujeres extranjeras siempre se van.” Esta acusación refleja las circunstancias marginadas, específicamente en lo que respecta a las movilidades asimétricas, en la que los hombres locales negocian estas relaciones. Incluso, si reúnen los recursos para seguir a sus amantes a Europa o América del Norte, lo cual muchos logran, su capacidad de cruzar fronteras se ve limitada por su ciudadanía costarricense. Es difícil para ellos obtener visas para viajar a Canadá, Alemania y otros países, especialmente a Estados Unidos. No es que ellos necesariamente quisieran viajar al exterior. Algunos hombres han dicho que prefieren quedarse en Puerto Viejo en lugar de viajar al extranjero, ya que están contentos con la “pura vida”, lo que encarna una ideología nacionalista de la “buena vida” que es posible en Costa Rica. Muchos de los

hombres tienen hijos en Costa Rica con los que tienen una responsabilidad financiera y que por ley no pueden evadir mediante la reubicación a otro país.<sup>19</sup> Independientemente de su situación económica individual y de las razones políticas, personales y familiares relacionadas entre sí para elegir permanecer en Puerto Viejo cuando sus novias de América del Norte o Europa se van, los relatos de los hombres construyen la movilidad de las mujeres extranjeras en términos de la partida inevitable y la despedida. Filipo y los demás hombres señalaron: “la mujer puede irse, y se irá.” Tomando en cuenta que ellas llegan como turistas, no es de extrañar que la mayoría de las mujeres extranjeras se vayan, aunque muchas se quedan largos períodos de tiempo y algunas eventualmente se reubican en Costa Rica. Permanecer en realidad es una opción muy poco probable. Es difícil conseguir un salario digno en esta área. Obtener la residencia legal es a menudo imposible. Irse, sin embargo, no es tan simple como poseer un pasaporte o un billete de avión de regreso, tampoco. Hay historias que circulan sobre mujeres que querían irse pero no pudieron.<sup>20</sup> No obstante, los lamentos de los hombres sobre la capacidad de las mujeres para tomar un vuelo por un capricho sirven para enfatizar las diferencias reales entre su propia falta de movilidad y la licencia de las mujeres extranjeras para salir cuando lo deseen, aunque esto se complica según las experiencias de las mujeres.

Las mujeres llegan en oleadas recurrentes en calidad de turistas, como ya se ha explicado, encarnando una especie de flujo cultural global. Ellas son vistas como libres de entrar y salir, cruzar fronteras internacionales, con pocas restricciones como ciudadanas del primer mundo, y libres de participar en la gran cantidad de intercambios fluidos disponibles para ellas como consumidoras en un mercado mundial del sexo. Dentro del pueblo, sin embargo, la movilidad de las turistas se negocia en un contexto cultural más amplio y un concurso sobre el espacio público en el Caribe y América Latina, donde el poder masculino a menudo se expresa en prácticas homosociales, especialmente en el dominio de “la calle” (Chevannes, 2003; Vigoya, 2003).<sup>21</sup> Una noche, una joven estadounidense llamada April montaba su bicicleta de regreso a su casa de huéspedes. Dos hombres de la localidad la detuvieron. La conocían porque era una visitante frecuente a esta área. Fueron a la misma discoteca, y tenían algunos amigos en común. Estos hombres nunca habían sido hostiles con ella, pero esa noche en particular, en parte porque estaban borrachos, le reclamaron, antes de dejarla pasar: “¿Por qué estás aquí? ¿Por qué no te vas a casa? Vos y las muchachas que andan en bicicleta por aquí nunca nos hablan a los lugareños; ustedes solo andan entre ustedes. No sos de aquí. Nosotros sí lo somos. Podemos hacer lo que nos plazca.” Después de aquel encuentro, April ya no podía verse fuera de la categoría de “turista”. No importaba cuánto tiempo se quedara, o cuán amistosa fuera, ellos la encasillaron en términos de su derecho de ir y venir, y la reposicionaron con la amenaza de controlar sus movimientos. La historia de April sugiere que, contrario a la movilidad omnipresente de las mujeres que sobresale en el paisaje social del pueblo y a las propias narrativas románticas de los hombres sobre las mujeres que los dejan atrás con el corazón roto, la libertad de la mujer turista se regula a través de prácticas homosociales mediante las cuales los hombres tratan de “volver a reclamar” el espacio de la

calle como algo propio. Un hombre relató sobre su experiencia con una mujer turista un día en la playa, cuando ella trató de evitar que él espantara a uno de los muchos sucios perros semisalvajes que andan sueltos en el pueblo. Él dijo: “Ella no conocía a estos perros. Le dije que se no se metiera en lo que no le importa. La puse en su lugar”.

La historia de April sugiere que los espacios transnacionales de Puerto Viejo, donde las mujeres extranjeras y los hombres caribeños se encuentran una y otra vez, son una especie de “frontera etnosexual” (Nagel, 2000: 159). Las fronteras etnosexuales son “lugares eróticos y destinos exóticos que son vigilados y supervisados, patrullados y vigilados, regulados y restringidos, pero que son constantemente penetrados por personas, estableciéndose vínculos sexuales con ‘Otros’ étnicos a través de fronteras étnicas” (Nagel). Con el término “regulación” no se hace referencia al aparato legal de la ley y el Estado, sino más bien a las formas diarias de control y gestión que ocurren a través de conductas normativas y actuaciones de género, raza y sexualidad, que efectivamente definen “los cuerpos de hombres y mujeres sexualmente aprobados” y “las variedades permitidas de deseos sexuales y de parejas sexuales” (Nagel, 2003: 8). Los relatos de las mujeres y de los hombres sugieren que una cantidad significativa de conocimiento suscribe la promulgación de la intimidad que los hombres manipulan a través del mantenimiento de fronteras particulares y prácticas homosociales. Actos de intimidad (y por “actos” no se quiere dar a entender que las emociones de los hombres son inauténticas) ocurren en el contexto de y con el fin de afectar la movilidad permitida a las mujeres extranjeras, dentro de una mezcla híbrida y compleja de relaciones de género latinas, caribeñas, europeas, y norteamericanas. Esto se hizo evidente una noche al principio de mi trabajo de campo.

Estaba sentada en un restaurante con cuatro mujeres norteamericanas que se enteraron de mi investigación a través de una amiga mutua, Carolyn. Todas ellas tenían conexiones sexuales de algún tipo con hombres locales. Carolyn sugirió que nos encontráramos en un restaurante turístico en lugar de una de las sodas baratas donde sus novios suelen comer, y explicó que “definitivamente no podría decir lo que podría decir. Vamos a un lugar donde no nos puedan oír”. Su sugerencia en cuanto a dónde podíamos situarnos en el pueblo de forma segura, fuera del alcance del oído de sus novios, evoca una serie de modos de sociabilidad dentro del pueblo: la vigilancia sobre las mujeres por hombres de la localidad, las prácticas de segregación racial cotidiana, como comer, y la marcada invisibilidad de ciertos residentes del pueblo. Al comer en un restaurante caro, evitamos no solo que los hombres locales nos escucharan, sino también las miradas de las mujeres locales, que son las esposas o novias de los hombres, y que tienden a ser silenciadas en las historias de romances de las turistas, excepto como adversarias, ocasionalmente.<sup>22</sup> La distribución del pueblo es tal que los restaurantes turísticos se encuentran a lo largo del camino pavimentado principal y los lugares donde los lugareños (y algunos turistas) comen se encuentran a lo largo de caminos de tierra. Rara vez los novios de las mujeres extranjeras las acompañan a los restaurantes finos, sino que comen con sus amigos en una soda y se reúnen con las mujeres en un bar o club nocturno más tarde. Algunas de las mujeres comen con los hombres, a menos que el hombre haya preparado una cena especialmente para ella, lo

cual es un evento que a más de una mujer entrevistada le encantó, debido a la intimidad simbolizada por la comida casera local.

Después de acomodarnos en uno de los restaurantes de moda en el pueblo, empezamos a hablar. Me sorprendí al descubrir que se trataba de una ocasión inusual. Zoe, a quien ya se presentó anteriormente, se volvió hacia Rayne, que había llegado recientemente de California para visitar a su novio, y le preguntó: “¿Tu novio tiene otras novias?”, Rayne respondió un poco a la defensiva: “Tal vez, pero cuando está conmigo, está conmigo. Y a mí eso me parece bien”, agregó Rayne. Las mujeres asintieron con sus cabezas. Quedó claro, sin embargo, que Rayne luchaba por aceptar la posibilidad de que los rumores sobre su novio podrían ser ciertos. Ella nos repitió un par de veces, “él está confundido, pero va a solucionarlo”. Cuando planteé el tema del dinero, primero dijo que compartían el costo de todo, pero luego admitió: “su hermano vino hoy a pedirme 2,000 colones. Tal vez es solo el principio?”<sup>23</sup> Se veía triste, mientras terminaba el resto de su batido. Bethany trataba de consolarla:

*Las mujeres simplemente no se hablan la una con la otra en este pueblo. Todo esto realmente es una especie de secreto. Parece que las mujeres compiten entre sí cuando llegan por primera vez para atraer a un hombre negro de Costa Rica y nadie dice nada porque las palabras se extienden como el fuego. Los hombres son muy posesivos e intolerantes con las mujeres que los engañan. Sí, claramente una doble moral. Nunca se sabe lo que están haciendo durante el día, pero jellos de seguro sí saben lo que una está haciendo!*

El comentario de Bethany “nunca se sabe lo que están haciendo, pero de seguro ellos sí saben lo que una está haciendo”, alude a la visible cultura de la calle, dominada por los hombres, y a cómo esta cultura de la calle regula efectivamente las subjetividades de las mujeres turistas. Una mujer canadiense, Alex, habló de tales prácticas homosociales diarias en Puerto Viejo como una especie de intercambio de conocimiento fraterno:

*Todas nosotras [las mujeres extranjeras] decimos que debe de haber una hora extra en el día en que todos los hombres se encuentran en la Casa Cultura, porque todos saben de todo: Quién está con esa chica, en qué hotel se aloja, quién está interesado en ella, quién ya ha estado con ella. Tiene que haber una hora extra en el día de la que no sabemos nada, porque de alguna manera parecen saber exactamente lo que está pasando. Ellos saben quién estaba con ella la noche anterior, ¿cómo saben eso? Deben tener algún lenguaje de signos secretos que no entendemos.*

Otra mujer habló de cómo los hombres comparten detalles íntimos de sus conversaciones en las paradas de taxis y otros lugares donde los hombres se congregan. Al igual que Zoe, muchas mujeres hablaron de cómo no pueden salir por la noche o incluso durante el día sin que su novio sepa por medio de sus amigos sobre las salidas de las mujeres. El pueblo es pequeño, y los hombres a menudo son parientes entre sí o se criaron juntos. Los hombres parados en la calle, u otros lugares, están viendo a las mujeres extranjeras y fichándolas. A través de la fraternidad, se intercambia información sobre las mujeres, con quiénes se han acostado, sus preferencias durante el sexo,

así como la cantidad de dinero que tienen, y más. La información se difunde en forma de chismes y los rumores sirven también para controlar las acciones de las mujeres. La fraternidad también fomenta la supresión del conocimiento sobre agresiones sexuales y violaciones, por desgracia una situación común en muchos de los relatos de las mujeres turistas acerca de sí mismas o de otras mujeres.

Esta regulación de los detalles sobre la vida íntima y las prácticas sexuales de las mujeres extranjeras por los hombres locales no transcurre de la misma manera entre las turistas y mujeres extranjeras que viven en Puerto Viejo. Como el relato de Bethany sugiere, las turistas nuevas en la ciudad a menudo no se conocen entre sí (muchas de ellas viajan solas) y mantienen en silencio sus relaciones con los hombres de la localidad por diversas razones, incluyendo la competencia heterosexual que sienten hacia las otras mujeres turistas, y a la forma en que su agencia sexual como gringas es moralmente codificada y por lo tanto regulada. La protección y difusión de información íntima sobre las turistas es un modo de regulación que se produce a través de las prácticas locales homosociales.

Otra modalidad de masculinidad normativa que tiene una resonancia aún mayor en los relatos de las mujeres es a lo que llamo “el fantasma de la infidelidad”. Por “fantasma” me refiero tanto la práctica de los hombres que tienen relaciones sexuales múltiples, ya sea en una unión o solteros, como a la amenaza que esto conlleva. Se utilizó la palabra “fantasma” con la intención de subrayar cómo la amenaza de ser engañado se difunde y se cierne como una nube sobre las subjetividades sexuales de las extranjeras en el pueblo. Un hombre canadiense que ha vivido en Puerto Viejo desde hace muchos años describió una imagen muy común del fantasma de la infidelidad (vinculada a la movilidad de las mujeres turistas):

*... vemos a las muchachas bajar de los autobuses y podemos predecir el tipo de hombre que cada una de ellos anda buscando –aquella con un rasta, esa con un surfista, y así sucesivamente. No somos los únicos que nos percatamos. Los chicos locales saben exactamente a quién dirigirse, porque acaban de romper con su novia canadiense, o la novia alemana, o quien sea. Ellos tienen un flujo constante de mujeres, y si no se les acercan directamente en la parada del autobús, esa noche irán por ellas a la discoteca. Algunos chicos necesitan Palm Pilots solo para mantener todas sus amigas turísticas organizadas.*

Hay que recordar cómo Filipo habló de controlar los movimientos de las extranjeras en Puerto Viejo y también desde y hacia Costa Rica para que él pudiera manejar a dos o tres mujeres extranjeras al mismo tiempo. Una vez que las mujeres han pasado suficiente tiempo en el pueblo para presenciar estos hechos en carne propia, a lo que yo llamo el “turnstiling” (torniquete) de las turistas, éstos se convierten en una fuente de ansiedad y angustia, estén o no sucediendo realmente.

La historia de una mujer, donde al parecer una supuesta “otra novia” se presentó después de un tiempo, es reveladora. Marcia había oído hablar de la exnovia de su novio a través de amigos en la ciudad, pero optó por no dar mucho crédito a las historias por los chismes constantes que usualmente circulan. Un día, su novio le pidió que

fuera con él a San José, pero ella declinó la invitación. Al final del día, se fue a la parada de autobús para darle la bienvenida a su regreso, supuestamente solo. Mientras ponía sus brazos alrededor de su hombro para darle un abrazo, no pudo dejar de notar a una mujer americana atrás de él. Esa era la mujer que él había mencionado desde hacía varios meses, pero ella se había negado a creer que existía. Se sintió mal del estómago, corrió a la calle, y estaba desconcertada por completo acerca de cómo actuar, si debía irse o no. Ella dijo: “me dejó en un lío. Me tomó meses para recobrar la confianza”.

## Conclusión

Las mujeres llegan del Norte con suficiente dinero para gozar y relajarse, y para satisfacer fantasías a menudo formadas en la infancia sobre el Caribe como un paraíso. Estos sueños incluyen el deseo de estar cerca de un hombre caribeño para aprender acerca de un estilo de vida simple, puro y natural a través de una unión con un hombre del Caribe, incluso para tener a sus bebés y consolidar así su derecho a vivir esta fantasía paradisíaca durante el tiempo que sea posible. Sus ideas sobre las más duras realidades de ser vista como una gringa con dinero que puede ser manipulada a través del sexo y sus intimidades son a menudo románticas, optimistas e ingenuas. Llegan recién graduadas de la universidad, de la escuela de terapia de masaje, o como participantes en los grupos internacionales humanitarios, tratando de transformarse a sí mismas y a la comunidad en algo mejor. Babb (2004: 542) habla de cómo algunos lugares poseen un atractivo especial para los viajeros que buscan algo más que “unas vacaciones cómodas en la playa o la visita a pueblos coloniales”, y que desean alinearse dentro de un discurso moral de activismo internacional y de conciencia política. La autora se refiere específicamente a los turistas de “Sandalista”, que vienen atraídos por el atractivo romántico de la posrevolución de Nicaragua, pero lo mismo se puede aplicar a Puerto Viejo, como una zona que atrae a un número significativo de grupos de turistas orientados al trabajo comunitario.<sup>24</sup> Como los relatos de las mujeres demuestran, su movilidad, auspiciada por su clase, raza y nacionalidad, es complicada, y se ve comprometida cuando deciden quedarse en la zona para buscar relaciones con hombres de la localidad que tratan de negociar estas relaciones en sus propios términos como un medio para contrarrestar la licencia de éstas mujeres a marcharse en “cualquier momento”. El “costo” de buscar la intimidad con los hombres locales y de haber sufrido las consecuencias a menudo se construye en términos psicológicos y patológicos. Las mujeres hablaron sobre la pérdida de su autoestima (“dando demasiado”), la pérdida de su identidad, y así sucesivamente, pero costos más tangibles también pueden ocurrir, incluyendo violencia doméstica y pobreza.

La fluidez del pueblo turístico transnacional en la región del Caribe de Costa Rica, en términos de los viajes turísticos corporales de las mujeres dentro y fuera, y las ambiguas relaciones económicas, sexuales e íntimas entre las mujeres extranjeras y los hombres locales, se puede analizar en términos del mantenimiento y el desafío de las fronteras etno-sexuales. Tanto los hombres como las mujeres cruzan las fronteras étnicas en la búsqueda de la alteridad (el Otro) ligada a la sexualidad. La movilidad de las mujeres les permite gozar de un privilegio considerable en términos de modos de sociabilidad en la ciudad,

incluido el acceso a la vida sexual, personal, familiar e íntima de los hombres. Al mismo tiempo, el conocimiento y el estatus social que los hombres locales adquieren como amantes cosmopolitas que negocian la masculinidad dentro de un paisaje en movimiento de mujeres extranjeras disponibles sexualmente les da el poder de regular en cierta medida los deseos eróticos de las mujeres, expresiones del poder del consumidor que dependen del privilegio del Primer Mundo y de la movilidad física. Puerto Viejo como terreno fluido es también un lugar donde las turistas (y otros extranjeros) aspiran a convertirse en parte del paisaje a través de la experiencia subjetiva de la intimidad turística, así como mediante las relaciones íntimas que trascienden la temporalidad liminal que implica ser turista. Cómo las mujeres extranjeras logran el éxito en su búsqueda de la intimidad a un precio accesible en este mercado líquido depende de una serie de factores, incluyendo su encanto como sujetos sexuales, su edad, su belleza, y su amistosidad. Hombres diferentes también quieren cosas diferentes de estas complejas relaciones interracialales, interculturales, ethnosexuales.

Por lo tanto, la presencia de mujeres extranjeras en este pueblo es un aspecto muy complejo –y para algunos pernicioso– de la historia social sexual y los modos de sociabilidad del pueblo. En lugar de tratar a las turistas como depredadoras sexuales en virtud de su posición en la economía política mundial en su calidad de turistas del primer mundo, como muchos académicos han sostenido convincentemente, es prudente considerar a las mujeres que conforman este paisaje étnico global de turistas sexualizadas y definidas por género como ocupantes permanentes, pero contingentes, en las comunidades locales, tales como Puerto Viejo, y cuyos sexualidades seguirán siendo parte de la mezcla local. Teorizando el espacio local-global de las sexualidades globales y los paisajes móviles de los sujetos sexuales, los académicos sugieren que las relaciones íntimas se reubican de forma tal que las subjetividades y prácticas eróticas del deseo ocurren fuera de las fronteras nacionales, en los nuevos “paisajes” del deseo (Appadurai 1996), donde los deseos por cosas materiales, el matrimonio, y relaciones sexuales normativas y transgresivas son frecuentemente intensas y socialmente importantes (Mankekar y Schein, 2004: 358).

Yo sitúo a las turistas dentro de estas cuestionamientos y negociaciones complejas y matizadas que suceden dentro de los modos fluidos de sociabilidad y intercambio.

## Agradecimientos

Esta investigación fue financiada por el *Social Sciences and Humanities Research Council of Canada* (SSHRC). Por supuesto que no habría tenido el privilegio de escribir este artículo sin la generosa colaboración de muchas personas en Costa Rica, que donaron su valioso tiempo y conocimientos a este proyecto, y que compartieron los detalles íntimos de sus vidas conmigo, por lo cual estoy muy agradecida. La promesa de anonimato me impide nombrar a todos ustedes, pero Sam, María, Shaun, Angela, Susana y Denise merecen una mención especial. Un enorme agradecimiento. ¡Muchísimas gracias! Me gustaría agradecer la lectura cuidadosa de las versiones

anteriores de este documento por Jessa Leinaweaver y Stephen Holden. Las sugerencias hechas por Petra Kuppinger y dos revisores anónimos fueron muy útiles. Como siempre, Breck y Alex se merecen un reconocimiento especial por lidiar con el tiempo que paso en el campo y en mi escritorio.

## Notas

- 1 Después de mucho pensarlo, decidí usar el nombre real del pueblo. Si bien reconozco que este es un asunto complejo, siento que mi contribución etnográfica podría disminuir si tuviera que utilizar un seudónimo.
- 2 El período de mayor crecimiento de Costa Rica como destino turístico fue entre 1989-1994 (Raventós, 2006), y ha crecido constantemente desde entonces. En 1985, el turismo aportó ingresos de \$118 millones comparado con alrededor de los \$1.2 billones en el 2000 (Raventós).
- 3 Los indígenas permanecen fuera de cualquiera de estas dos categorías.
- 4 Uso el término “hombres locales” como un término más amplio que “los hombres costarricenses” porque hay hombres que viven en la zona que son de Nicaragua, Panamá, Colombia, y también hombres que tienen antecedentes jamaquinos o cubanos.
- 5 Esto no quiere decir que los turistas varones no se involucren en sexo vacacional. Hago una distinción entre el sexo de vacaciones (las relaciones sexuales entre los turistas durante las vacaciones) y el turismo etnosexual, que consiste en “establecer vínculos sexuales con ‘otros’ étnicos a través de las fronteras étnicas” (Nagel, 2000: 159) en los encuentros entre turistas y lugareños.
- 6 Hombres surfistas desempeñan un papel interesante en la historia sexual social del área. Aunque está fuera de mi investigación, cabe destacar que los surfistas, quienes fueron uno de los primeros grupos de extranjeros en llegar, se han establecido en la comunidad con empresas, terrenos, y algunos en matrimonios con mujeres locales.
- 7 La situación en la que los niños son el resultado de la unión turista-lugareño plantea una serie de preguntas respecto al parentesco transnacional, la ciudadanía y la “sangre”, así como otros temas que estoy actualmente investigando.
- 8 He cambiado los nombres y características de los participantes en la investigación con el fin de proteger su anonimato.
- 9 Llevé a cabo casi todas las entrevistas en inglés. Mi nivel básico de español fue una limitación para la investigación.
- 10 Véase Frohlick (2007) para una discusión de las cuestiones metodológicas con las que lidié mientras que investigué la sexualidad en este pueblo.
- 11 Mis agradecimientos a un lector anónimo por señalar esta útil noción de “enclave cultural”.
- 12 Doy gracias a un lector anónimo por brindarme este marco.
- 13 Raventos (2006: 377) describe el final de la década de los años 1990 como el “período de la evolución” del turismo en Costa Rica, cuando el número de turistas cada vez más “polifacéticos” creció junto con un aumento en la segmentación del mercado y la popularidad

de hoteles de tres y cuatro estrellas en lugar de cabinas y alojamiento básico. La zona de Puerto Viejo ha experimentado este período de evolución de una manera particular.

- 14 Esto es especialmente importante cuando se considera que las mujeres extranjeras procedentes de países donde hay recursos y prácticas culturales que permiten y proveen una educación sexual pública presumen que los hombres locales tendrán el mismo conocimiento que ellas en torno a las enfermedades de transmisión sexual y el uso del condón.
- 15 Véase [http://www.travelblogs.com/colin/fashion\\_is\\_truly\\_dead.htm](http://www.travelblogs.com/colin/fashion_is_truly_dead.htm). Consultado el 12 de julio, 2006.
- 16 El papel de las mujeres locales en las relaciones etnosexuales entre mujeres extranjeras y hombres locales es complicado. En general, su presencia como esposas y novias de los hombres de la localidad se encuentra excluida en las percepciones de las turistas que ven el pueblo como un lugar de juegos hetero-etnosexuales. Las relaciones entre los dos grupos son palpablemente antagónicas. Más investigación con respecto a este tema queda pendiente.
- 17 Kempadoo (2004) llama la atención sobre las complicaciones de las “relaciones externas” que son normativas en el Caribe, tanto como una respuesta poscolonial al sistema monogámico del matrimonio europeo como un medio para legitimar la poligamia informal y, por lo tanto, el poder de los hombres sobre las mujeres a través de la persuasión reproductiva.
- 18 La movilidad y la subjetividad de los hombres locales como transnacionales es otra área de investigación futura. Las historias circulan sobre los supuestos peligros de viajar fuera de Costa Rica, por ejemplo de ser “guardado en una caja” en una ciudad en Alemania, como un hombre que vivió por un corto tiempo allí con su novia alemana me contó.
- 19 Véase <http://insidecostarica.com/dailynews/2005/february/17/nac0.htm>
- 20 Una de las razones por las cuales las mujeres no siempre pueden irse tan fácilmente, incluso cuando así lo desean, tiene que ver con la violencia o la amenaza de la violencia contra ellas por los hombres con quienes están involucradas. Una mujer habló de la necesidad de que su padre viniera a Costa Rica desde Europa para ayudar a calmar la situación lo suficiente como para que ella pudiera salir sin sufrir más abusos por parte de su exnovio. Otra mujer me dijo que se quedó en el pueblo mucho más tiempo de lo que era físicamente saludable para ella, a causa de las constantes amenazas de su novio de hacerle daño si se iba. A otras mujeres se le hizo difícil irse debido a la adicción a las drogas que desarrollaron mientras vivían en Costa Rica. Un examen cuidadoso de las relaciones de género y violencia doméstica permitida, abuso de drogas y otras sustancias, así como de problemas de salud mental, dentro de la comunidad y en Costa Rica como marco más amplio, es necesario para comprender la complejidad de cada una de estas situaciones.
- 21 Gutmann (2003) define las prácticas homosociales como la socialidad entre los hombres que sirve para consolidar amistades e identidades heterosexuales entre ellos.
- 22 Véase también Ware (1997), quien hablada manera más general de la desaparición de las mujeres negras de las narrativas sobre las relaciones de turistas blancas con hombres negros.
- 23 2000 colones en el 2004 tenían un valor de unos \$4.
- 24 Agradezco la observación de un lector sobre cómo las turistas que llegan por labores humanitarias pueden tener características en común con hombres en las tropas de paz que entran en contacto sexual con las mujeres locales. Queda más por decir acerca de esto.

## Bibliografía

- Appadurai, Arjun. *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996.
- \_\_\_\_\_. "Fieldwork in the Era of Globalization." *Anthropology and Humanism* 22.19 (1997): 115-118.
- Babb, Florence. "Recycled Sandalistas: From Revolution to Resorts in the New Nicaragua." *American Anthropologist* 106.3 (2004): 541-555.
- Bruner, Edward. "Transformations of Self in Tourism." *Annals of Tourism Research* 18 (1991): 238-250.
- Chevannes, Barry. "The Role of the Street in the Socialization of Caribbean Males." *The Culture of Gender and Sexuality in the Caribbean*. Ed. L. Lewis. Florida: University Press of Florida, 2003. 215-233.
- Dahles, Heidi y Karin Bras. "Entrepreneurs in Romance: Tourism in Indonesia." *Annals of Tourism Research* 26.2 (1999): 267-293.
- Foucault, Michel. *The History of Sexuality: An Introduction*. Vol. 1. Trans. R. Hurley. New York: Vintage, 1978.
- Friedl, Ernestine. "Sex the Invisible." *American Anthropologist* 96.4 (1994): 833-844.
- Frohlick, Susan. "Negotiating Secrecy in Global Sexual Tourism: Complex Fields, Engaging Methods." Manuscrito sin publicar, 2007.
- Giddens, Anthony. *The Transformation of Intimacy: Sexuality, Love, and Eroticism in Modern Societies*. Stanford: Stanford University Press, 1992.
- Gutmann, Matthew. "Introduction: Discarding Manly Dichotomies in Latin America." *Changing Men and Masculinities in Latin America*. Ed. M. Gutmann. Durham: Duke University Press, 2003. 1-26.
- Harpelle, Ronald. *The West Indians of Costa Rica: Race, Class, and the Integration of an Ethnic Minority*. Montreal and Kingston: McGill-Queen's University Press, 2001.
- \_\_\_\_\_. "Bananas and Business: West Indians and United Fruit in Costa Rica." *Race & Class* 42.1 (2000): 57-72.
- \_\_\_\_\_. "The Social and Political Integration of West Indians in Costa Rica: 1930-1950." *Journal of Latin American Studies* 25.1 (1993): 103-120.
- Harrison, Julia. *Being a Tourist: Finding a Meaning in Pleasure Travel*. Vancouver: UBC Press, 2003.
- Honey, Martha. "Giving a Grade to Costa Rica's Green Tourism." *Tourists and Tourism*. Ed. S. Bohn Gmelch. Long Grove, IL: Waveland Press, 2004. 407-418.
- Jacobs, Jessica. "Tourist Places and Negotiating Modernity: European Women and Romance Tourism in the Sinai." *Travels in Paradox: Remapping Tourism*. Eds. C. Minca and T. Oakes. Lanham: Rowman and Littlefield, 2006. 125-154.
- Jeffreys, Sheila. "Sex Tourism: Do Women Do It Too?" *Leisure Studies* 22, July, (2003): 223-238.
- Kaplan, Caren. "Transporting the Subject: Technologies of Mobility and Location in an Era of Globalization." *PMLA* 117.1 (2002): 32-42.
- Kempadoo, Kamala. *Sexing the Caribbean: Gender, Race, and Sexual Labor*. New York: Routledge, 2004.
- Lewis, Linden. "Caribbean Masculinity: Unpacking the Narrative." *The Culture of Gender and Sexuality in the Caribbean*. Ed. L. Linden. Florida: University Press of Florida, 2003. 94-128.
- Mankekar, Purnima, y Louisa Schein. "Introduction: Mediated Transnationalism and Social Erotics." *The Journal of Asian Studies* 63.2 (2004): 357-365.
- McNeill, Jean. "The Rough Guide to Costa Rica." Rough Guides, 2001.

- Meisch, Lynne. "Gringas and Otavaleños: Changing Tourist Relations." *Annals of Tourism Research* 22.2 (1995):441-462.
- Mullings, Beverley. "Fantasy Tours: Exploring the Global Consumption of Caribbean Sex Tourism." *New Forms of Consumption: Consumers, Culture, and Commodification*. Ed. M. Gottdiener. Lanham: Rowman and Littlefield, 2000. 227-250.
- Nagel, Joane. *Race, Ethnicity, and Sexuality: Intimate Intersections, Forbidden Frontiers*. New York: Oxford University Press, 2003.
- \_\_\_\_\_. "States of Arousal/Fantasy Islands: Race, Sex, and Romance in the Global Economy of Desire." *American Studies* 41.2/3 (2000): 159-181.
- O'Connell Davidson, Julia, y Jacqueline Sánchez Taylor. "Travel and Taboo: Heterosexual Sex Tourism in the Caribbean." *Regulating Sex: The Politics of Intimacy and Identity*. Eds. E. Bernstein and L. Schaffer. New York: Routledge, 2005. 83-99
- \_\_\_\_\_. *Child Prostitution and Sex Tourism: Costa Rica*. Bangkok, Thailand: EPCAT International, 1995.
- Palmer, Paula. *What Happen: A Folk History of Costa Rica's Talamanca Coast*. San José. C.R.: Publications in English, 1993.
- Phillips, Joan. "The Beach Boys of Barbados: Post-colonial Entrepreneurs." *Transnational Prostitution: Changing Global Patterns*. Eds. S. Thorbek and B. Pattanaik. New York: Zed Books, 2002. 42-55.
- \_\_\_\_\_. "Tourist-Oriented Prostitution in Barbados: The Case of the Beach Boy and the White Female Tourist." *Sun, Sex, and Gold: Tourism and Sex Work in the Caribbean*. Ed. K. Kempadoo. Lanham: Rowman and Littlefield, 1999. 183-200.
- Purcell, Trevor. *Banana Fallout: Class, Color, and Culture Among West Indians in Costa Rica*. UCLA/CAAS Press, 1993.
- Pruitt, Deborah, y Suzanne LaFont. "For Love and Money: Romance Tourism in Jamaica." *Annals of Tourism Research* 22 (1995): 422-440.
- Raventós, Pedro. The Internet Strategy of the Costa Rican Tourism Board. *Journal of Business Research* 59 (2006): 375-386.
- Sánchez Taylor, Jacqueline. "Dollars are a Girl's Best Friend? Female Tourists' Sexual Behaviour in the Caribbean." *Sociology* 35.3 (2001):749-764.
- Sandoval-García, Carlos. *Threatening Others: Nicaraguans and the Formation of National Identities in Costa Rica*. Athens, OH: Ohio University Press, 2004.
- Sheller, Mimi. "Demobilizing and Remobilizing Caribbean Paradise." *Tourism Mobilities: Places to Play, Places in Play*. Eds. M. Sheller and J. Urry. New York: Routledge, 2004. 13-21.
- Torgovnick, Marianna. *Gone Primitive: Savage Intellectuals, Modern Lives*. Chicago: University of Chicago Press, 1990.
- Urry, John. *Sociology Beyond Societies: Mobilities for the Twenty-First Century*. London: Routledge, 2000.
- Vigoya, Maria Viveros. "Contemporary Latin American Perspectives on Masculinity." *Changing Men and Masculinities in Latin America*. Ed. M. Gutmann. Durham: Duke University Press, 2003. 27-57
- Ware, Vron. "Purity and Danger: Race, Gender and Tales of Sex Tourism." *Back to Reality? Social Experience and Cultural Studies*. Ed. A. McRobbie. Manchester: Manchester University Press, 1997. 133-151
- Yamaga, Chisono. "Japanese Girl Meets Nepali Boy: Mutual Fantasy and Desire in 'Asian' Vacationscapes of Nepal." Tesis de maestría sin pulicar, Universidad de Manitoba, Winnipeg, Canada, 2006.

(\*) Este artículo fue originalmente publicado en la revista *City & Society* 9(1), Publicado aquí con permiso de la autora.